

Alejandra Kollontai: la mujer nueva

Alexsandra Kollontai: The New Woman

Ana de Miguel Álvarez

Departamento de Sociología
Universidad de La Coruña

Recibido el 28 de febrero de 2000.

Aceptado el 24 de marzo de 2000.

BIBLID [1134-6396(2000)7:1; 233-252]

Introducción

Una vez más resulta oportuno recuperar y difundir la figura y la obra de esta audaz y brillante feminista marxista. Y es que sus libros, traducidos, editados y vendidos en los años de la transición son hoy en día imposibles de encontrar. Esta es una historia recurrente en el devenir histórico de la obra de Kollontay, tan celebrada y tan ignorada alternativamente. Fue una líder de la revolución bolchevique y llegó a ser Comisaria del Pueblo —Ministra de Salud— del primer gobierno de Vladimir Illich Lenin. Al mismo tiempo fue la renombrada teórica de la *mujer nueva y la revolución sexual*, una de las más firmes defensoras del feminismo dentro del partido —y una de las más críticas con el feminismo fuera de éste, con el denostado “feminismo burgués”— y, tal y como reza su *Autobiografía*¹, un ejemplo viviente de mujer sexualmente emancipada para las jóvenes revolucionarias. Sin embargo su heterodoxia fue muy pronto penalizada por la cúpula dirigente de la recién nacida Unión Soviética. Tan sólo permaneció seis meses como ministra y se integró en la *Oposición Obrera*, tendencia que se opuso a la *Nueva Política Económica* de Lenin y a la progresiva burocratización y poder omnímodo del partido. A partir de ahí su vida transcurrió como exiliada de lujo ya que se convirtió en la primera mujer embajadora de Europa, seguramente del mundo. Y suele añadirse en su semblanza biográfica que fue la única opositora al régimen soviético que murió de muerte natural, en 1952. Efectivamente, Kollontai supo sobrevivir a la decepción con el rumbo que tomaba la Unión

1. KOLLONTAI, A.: *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada*, prólogo de Germaine GREER. Barcelona: Anagrama, 1975.

Soviética y a las crueles purgas estalinistas. Sin embargo, como pensadora crítica y como feminista había muerto muchos años antes: su obra fue ridiculizada y sepultada y ella misma nunca más volvió a escribir o recordar sus revolucionarias ideas.

Habrá que esperar a los años sesenta y al resurgir del movimiento feminista para que sus libros vuelvan a la luz: su obra se valora entonces como la articulación más completa de marxismo y feminismo y, sobre todo, se la señala como la fina precursora de algunos de los planteamientos más sugerentes del feminismo radical. En concreto de aquellas aportaciones que emprendieron la ampliación y redefinición de la política y que se sintetizaron bajo el lema “lo personal es político”. Kollontai criticó explícitamente la tesis de ortodoxa de que los problemas entre los sexos no eran sino problemas de superestructura, que se solucionarían mecánicamente con el cambio de la base económica de la sociedad, e incorporó al materialismo histórico el análisis de la categoría de amor. El amor es una poderosa fuerza psíquica y social que la nueva clase ascendente —tal y como como antes hiciera la burguesía— debe remodelar al servicio de las nuevas formas de relación personal y vida cotidiana en la sociedad comunista.

Para Kollontai sin feminismo no hay revolución que merezca tal nombre. Además, si como apuntara el propio Marx es necesario un hombre nuevo, lo que no puede olvidarse es que ya ha hecho su aparición en escena la *mujer nueva*. Las mujeres ya han comenzado el proceso de transformación de su identidad: mujeres de todas las clases sociales chocan con los muros de la “cultura burguesa” en la lucha por afirmar su individualidad. Las mujeres nuevas son todas aquellas que han puesto los asuntos de amor en un segundo plano de sus vidas, aquellas que ya no quieren ser definidas por sus relaciones con los hombres, aquellas que ponen en un primer plano la realización de su yo.

Para esta selección hemos elegido, precisamente, dos fragmentos del capítulo de “La mujer nueva”, publicado en 1918 en la obra *La nueva moral y la clase obrera*². También hemos querido incluir otro texto más breve pero igualmente significativo por su carácter de crítica al androcentrismo de la ciencia, otro de los fecundos temas que desarrollaría el feminismo radical y que tanto ha contribuido a revolucionar el saber académico. El texto pertenece al *Seminario de Leningrado*, una serie de lecciones impartidas en 1921 en la Universidad Sverdlov para obreras y campesinas del partido destinadas al trabajo comunista entre las mujeres³. En ellas Kollontai reconstruye la historia de las mujeres y denuncia lo que denomina el sesgo “burgués” de las ciencias —en realidad el sesgo patriarcal. En estas páginas seleccionadas se

2. KOLLONTAI, A.: *Marxismo y Revolución sexual*. Madrid: Castellote, 1976.

3. KOLLONTAI, A.: *Sobre la liberación de la mujer*. Barcelona: Fontamara, 1979.

expone una crítica muy ajustada de lo que hoy se conoce en antropología como el mito del varón cazador.

*La mujer nueva*⁴ (1918)

I

¿Quién es la mujer nueva? ¿Existe? ¿No es producto de la imaginación creadora de escritores modernos que buscan sensacionales novedades? Mirad en torno vuestro, observad, medita, y os convenceréis: la mujer nueva está aquí, existe.

Ya la conocéis, estáis acostumbrados a encontrarla a todos los niveles de la escala social: desde la obrera a la científica, desde la modesta oficinista a la artista brillante. Y, lo que aún es más sorprendente: cada día la encontráis más a menudo en la vida normal, pero sólo desde los últimos años empezáis a reconocer sus rasgos en los de las heroínas literarias. La vida de estas últimas décadas ha forjado una mujer de nuevo cuño psicológico, con nuevas necesidades, con emociones nuevas; en tanto que la literatura seguía pintando la mujer del pasado, reproduciendo el antiguo tipo que desaparecía de la vida. ¡Cuántas figuras luminosas de la incipiente mujer nueva no habrá dado la realidad rusa en los años 70-80! Pero los escritores pasaban de largo sin verlas, sin oírlas, sin sentir las, sin tocarlas, sin distinguirlas... Con su mullido pincel las rozó Turgueniev, pero, incluso para él, tales imágenes resultaron demasiado pálidas, más empobrecidas que la realidad. Únicamente en su poema en prosa dedicado a la muchacha rusa se inclina Turgueniev ante la emocionante silueta de quien se ha atrevido franquear el umbral sagrado.

Las heroínas, cuyos nombres han quedado grabados en la páginas de la historia, se han visto sucedidas por una larga hilera de desconocidas que sucumbieron como abejas en una colmena derribada. Sus cadáveres tapizaban el árido camino del anhelado futuro. Aumentaba su número, multiplicábase cada año. Pero los escritores y los poetas seguían pasando sin verlos, con una venda sobre los ojos. Presa en las tradicionales imágenes de la mujer, la

4. En este texto aparecen dos tipos diferentes de notas a pie de página. Las que comienzan con las palabras "nota aclaratoria" son notas que hemos añadido al texto de KOLLONTAI para facilitar su comprensión, debido a que los personajes literarios citados aparecen por primera vez en un fragmento de la primera parte de *La mujer nueva* que no hemos incluido en la selección. Las otra notas son de KOLLONTAI, pero hemos de advertir que su número no se corresponde ya con el de la edición de CASTELLOTE que hemos utilizado. Por último, señalar que hemos conservado el título original de *La mujer nueva*, aunque en la edición de CASTELLOTE optaron por el de *Mujeres solteras*.

mirada de escritor era incapaz de tocar, de apropiarse la nueva realidad y llenarse de ella. La literatura, a la par que se perfeccionaba, que se desarrollaba, que buscaba nuevas sendas, nuevos colores y palabras nuevas, continuaba pintando obstinadamente débiles criaturas erradas, abandonadas, dolorosas, esposas ávidas de venganza, seductoras alimañas, “naturalezas incomprendidas” y abúlicas, puras, incoloras, atractivas muchachitas...

Flaubert escribía *Madame Bovary* en el momento en que, a su lado, vivía George Sand en carne y hueso, sufría y afirmaba su “yo” humano y femenino, anunciando luminosamente el nuevo tipo de la mujer que despertaba a la vida.

Tolstoi estudiaba la psicología de una Ana Karenina, encogida por la secular esclavitud de la mujer; acariciaba la imagen de la encantadora e inofensiva Kitty, jugaba con la naturaleza ardiente de la hembra Natacha Rostova.... en tanto que la implacable realidad encadenaba férreamente a las mujeres nuevas, cuyo número aumentaba sin descanso. Los mayores talentos del siglo XIX no sintieron la necesidad de sustituir la atractiva gracia de sus heroínas por las características que anunciaban a la nueva mujer en formación. Y tan sólo la literatura de los últimos quince años, tan sólo los más recientes autores y especialmente las escritoras ya no han podido silenciar el tipo naciente, no han podido dejar de estamparlo en sus páginas.

Hoy en día, este tipo no es ya una novedad sensacional; se le puede encontrar no sólo en una novela “de vanguardia”, con tesis, basada en algún complejo problema actual, sino también en un relato modesto, sin pretensiones.

Es evidente que el tipo de la “mujer nueva” varía de un país a otro, ya que la pertenencia a tal o cual capa social le proporciona un estilo especial, y los rasgos psicológicos de la heroína, sus deseos, los fines de su vida pueden diferir de modo considerable. Pero, por diversas que sean estas nuevas heroínas, hay en ellas algo en común, una especie de “raza” que nos permite distinguirlas de inmediato de las mujeres del pasado. Aquéllas veían el mundo de otra forma, actuaban de otra manera, se tomaban las cosas de modo distinto. No hace falta tener especiales conocimientos históricos o literarios para reconocer en la densa multitud de mujeres del pasado el rostro de la nueva. No advertimos siempre en qué consisten esos nuevos rasgos, dónde está la diferencia. Pero un hecho está claro: en algún sitio, en el plano subconsciente, nuestro criterio se ha formado ya y con él clasificamos y determinamos los tipos femeninos.

¿Quiénes son, por lo tanto, esas mujeres nuevas? No son las encantadoras y “puras” muchachitas cuya novelita se veía interrumpida por un dichoso matrimonio; no son las esposas que sufren la infidelidad del marido o que ellas mismas han caído en el adulterio; no son las solteras que lloran por un desgraciado amor de juventud; no son las “sacerdotisas del amor”, las víctimas de tristes condiciones de vida o de su propia “naturaleza viciosa”.

No. Se trata de un nuevo, de un “quinto” tipo de heroínas, desconocido hasta la fecha, un tipo de heroínas que trae sus propias exigencias en relación con la vida, que afirma su personalidad, que protesta contra la múltiple esclavitud de la mujer bajo el Estado, la familia, la sociedad, una clase de mujer que lucha por sus derechos y que representa a su propio sexo. “Mujeres solteras”, he aquí el nombre por el que cada día que pasa va conociéndose a este tipo de mujer.

El tipo femenino esencial del pasado reciente era “la esposa, la mujer, reflejo, accesorio, complemento del marido”. Bien lejos está la mujer soltera de ser un “reflejo”; ha dejado de serlo para el hombre. La mujer soltera posee su propio mundo interior; vive consciente de lo que interesa a la humanidad, es exterior e interiormente independiente. Si decimos “tiene veinte años”, semejante definición no expresa nada acerca de la inteligencia o del corazón. La muchacha, la madre, la amante o la leona de mundo de la clase de Helena Kurakin⁵: todas ellas eran moneda clara, comprensible, corriente. Pero, para la mujer nueva, no hay sitio ni en la literatura ni en la vida. Cuando, en la historia, aparecían mujeres cuyos rasgos recuerdan a la heroína contemporánea, ello se consideraba como accidentales desviaciones de la norma, es decir, como anomalías psicológicas.

Pero la vida no se queda quieta, y la rueda de la historia, al girar a ritmo siempre más y más rápido, obliga a los hombres de la misma generación a adoptar nociones propias, diferentes del pasado, a enriquecer su vocabulario con palabras nuevas. La mujer nueva, soltera, de quien ni nuestras abuelas ni siquiera nuestras madres tenían idea, es un hecho real, vivo.

Las mujeres nuevas, solteras, son esos millones de siluetas arrebujadas en vestidos grises que, al amanecer, se levantan y caminan, en una hilera sin fin, desde los barrios obreros a las fábricas y talleres, a las estaciones y a los tranvías. Las mujeres nuevas son esas decenas de millares de mujeres, jóvenes o ya gastadas, que en las grandes ciudades habitan en solitarios cuartuchos-celdas, acrecentando así el número de “pisos independientes”. Son esas muchachas, esas mujeres que llevan una lucha sorda e ininterrumpida por la vida, que pasan sus jornadas sentadas a la mesa de la oficina, junto a los aparatos telegráficos, detrás del mostrador de los almacenes. Las mujeres solteras son esas chicas de espíritu fresco, con la mente llena de sueños y proyectos audaces, que llaman a las puertas de los templos de la ciencia y del arte; son las que, con paso firme, masculino, recorren las calles en busca de una lección mal pagada, de cualquier trabajo interino. A la mujer soltera la podréis ver sentada haciendo su tarea, acabando un experimento en el laboratorio, registrando en los archivos, apresurándose hacia la clínica, preparando un discurso político.

5. TOLSTOI: *Guerra y paz*.

¡Qué distintas son tales siluetas a las heroínas del pasado, a las seductoras, emocionantes mujeres de Turgueniev, de Chéjov, a las de Zola, de Maupassant, a los tipos femeninos impersonales y virtuosos de la literatura alemana e inglesa incluso de los años 1880 y principios de los 90! La vida crea mujeres nuevas, la literatura las refleja.

(....)

II

¿Cuáles son, sin embargo, esos rasgos de carácter, esos sentimientos nuevos, esas propiedades psicológicas de la mujer que permiten clasificarla entre las “mujeres nuevas”?

El predominio del sentimiento era una de las características típicas de la mujer antigua, y a la vez el ornato y el defecto de la mujer. La realidad contemporánea, al atraer a la mujer a la lucha activa por la subsistencia, exige de ella la ciencia de vencer los sentimientos, y los numerosos obstáculos de índole social la obligan a reforzar mediante la voluntad su espíritu demasiado débil, demasiado proclive a ceder con facilidad. A fin de conservar los nuevos derechos adquiridos, la mujer se ve empujada a llevar a cabo sobre sí misma una tarea educativa mucho más amplia que la del hombre. Funestos pensamientos, pesadas preocupaciones abaten sobre ella el fardo de la vida. Ella querría gemir, llorar por lo que la ocurre, igual que hacían las mujeres de antes, abandonarse al dolor. Pero el trabajo -reglamentado como en un hospital, hora por hora- no espera. No puede una aplazarlo a gusto, como pasa con las faenas caseras o con el arreglo de los trajes de los niños. Josefa⁶ debe hacer por sí misma el esfuerzo habitual para el hombre y desconocido para la mujer del pasado: ocultar tras un muro su vida privada y aparecer en el trabajo a la hora justa.

Matilde⁷ ve morir al niño que es su gloria, todo cuanto le quedó de su apasionado amor. Pero el oficio la tiene sólidamente atada al taller, y sus dedos, acostumbrados ya, siguen trabajando sin romper el hilo.

La realidad contemporánea exige implacablemente que cada mujer tenga un oficio, una profesión, un trabajo fuera de casa, una disciplina, una fuerza de voluntad que venzan sus sentimientos: todo ello algo que no hallábamos, a no ser como excepción, en la mujer antigua.

Los celos, la desconfianza, la absurda “venganza femenina”, ¿acaso no forman parte de las características típicas de la mujer de antes? Los celos,

6. Nota aclaratoria: personaje de la obra *Trabajo* de Ilsa FRAPAN.

7. Nota aclaratoria: personaje de la obra *Matilde* de Karl HAUPTMANN.

¡ese sentimiento que estaba en la base de casi todas las tragedias del espíritu femenino! Por supuesto que los celos también son una tragedia para el hombre. Pero Shakespeare no escogió, para encarnar a su Otelo, a un inglés disciplinado y civilizado, ni a un veneciano de refinada inteligencia, sino a un moro presa de sus pasiones.

Esa dependencia de la mujer con respecto a sus sentimientos la ha llevado a expresar su odio contra la rival en las formas más monstruosas, ha hecho salir a la superficie sus más bajos aspectos de "esclava". Si la heroína no daba siempre en usar el vitriolo contra su rival, no dejaba por lo menos de echarle encima la ponzoña de la calumnia.

Las mujeres nuevas no reivindicán la *propiedad* de su amor. Al exigir respeto para su propia libertad sentimental, aprenden a admitir tal libertad también para los demás. Es especialmente interesante observar la actitud de la heroína hacia su rival en una serie de novelas contemporáneas. En vez del vitriolo y la calumnia, encontramos una actitud llena de delicadeza comprensiva hacia la otra mujer, la rival. Así, en *La voz*, Maya⁸ y la primera mujer del hombre a quien ama no sólo no se odian, sino que incluso hallan un lenguaje común y revélanse más y más próximas en muchos puntos entre ambas que lo están al hombre que las dos aman. Maya llora las ofensas que "él" inflige a los sentimientos de la rival. Y constituye para ella una humillación personal conocer los sufrimientos de su rival al tomarla el hombre amado como un objeto que le perteneciese "legalmente", sin ternura. Maya se siente ofendida en cuanto "mujer". Maya sabe sentir más allá de los límites estrechamente individuales: en ella muéstrase ya el sentimiento ignorado por la mujer del pasado, el sentimiento de la colectividad, de la camaradería.

¿Y no es también característica la actitud de la misma Maya con respecto a la traición absurda, inútil, de su segundo marido? No se desvanece, no emprende escándalo alguno. Escapa a todo correr hacia las camas de los niños de la primera esposa de su marido. Esas cabecitas dormidas despejan su tristeza. Regresa a su hogar solitario. Tiene frío. Enciende el fuego, se arropa en un chal, se empeña en leer un libro interesante. De esta manera huirá más fácilmente de la pena; de esta manera encontrará de nuevo el equilibrio preciso.

Irina, en la novela de Kredó *En la niebla de la vida*, no acepta únicamente la antigua relación de Víctor, sino que le exige una actitud delicada hacia la rival. Por el contrario, al enterarse del pasado de Irina, Víctor pregunta, con tono de macho ofendido: "¿Qué número me corresponde? Quiero saberlo. ¿Ha habido muchos?..." Víctor es un hombre avanzado, un escritor, pero también en él "la bestia" es más fuerte que en la insignificante Irina, cuyo

8. Nota aclaratoria: personaje de la obra *La voz* de Grete MEISEL-HESS.

interés reside sólo en que extiende las manos hacia la nueva verdad de la vida.

En la mujer nueva, la “hembra celosa” se ve vencida cada vez más a menudo por la “mujer-individuo”.

Otro rasgo típico de la mujer contemporánea estriba en las *crecientes exigencias* que plantea al hombre, rasgo que Ellen Key subraya en sus escritos. La mujer del pasado fue acostumbrada, a lo largo de siglos, por su amo y señor; así llegó a considerarse a sí misma y a su pobrecito mundo espiritual con toda negligencia. Aprovechaba en lo que podía las sonrisas indulgentes de los hombres respecto a sus debilidades y cuitas de mujer, y resignábase a que nadie prestara atención a lo que pensaba y sentía. ¿Resulta entonces extraño que, incluso hoy en día, sólo raras excepciones entre los hombres sepan comprender a la mujer, sobre todo en los momentos más íntimos? Una actitud semejante de superficialidad y desinterés hacia el “yo” femenino ha constituido siempre motivo de tragedias familiares.

Los don Juan experimentados sabían tomar no sólo el cuerpo de la mujer, sino también su alma. a base de interpretar hipócritamente la comedia de la “comprensión”, afectando una atención amorosa hacia ese insignificante “yo” de la mujer que el marido, más sincero, despreciaba. Pero los don Juan iban y venían, y el señor legal permanecía, y la mujer, adaptándose durante siglos a la vida, disminuía sus propias necesidades y exigencias.

“Él” regalaba sortijas y pendientes, “él traía flores y bombones. Por lo tanto, la quería. Y si era despótico y grosero, si imponía una serie de prohibiciones y de exigencias, lo hacía porque tenía derecho, ¡el derecho de amo de su corazón de mujer!

La mujer contemporánea se está volviendo difícil: quiere y pide que se respete su personalidad, su alma, que su “yo” sea considerado. No soporta el despotismo. Cuando el amante de Maya le prohíbe cantar en conciertos y descubre después que le ha desobedecido, se decide a “castigarla”, a no escribirla durante dos semanas enteras, con lo que mata los sentimientos que ella experimentaba hacia él. ¿De modo que pretendía “castigarla”, a ella, que libremente le dio su corazón?

En este combate para preservar su libertad interior, hay algo en las mujeres que recuerda a las antiguas leyendas y a las mujeres de tiempos remotos. “Tu voluntad se ha cumplido, pero en mí has perdido a tu mujer”, respeta Rosamunda a su real esposo cuando éste la obliga a beber en el cráneo de su padre, a quien él acaba de asesinar. Y en los labios de Rosamunda no hay una simple amenaza: mata a su marido, al que hasta entonces había amado apasionadamente.

La mujer contemporánea está en condiciones de perdonar mucho de cuanto resultaba más duro para la mujer antigua: la incapacidad del hombre para procurarle un bienestar material, un descuido exterior para con ella,

inclusive una infidelidad; pero nunca podrá olvidar, nunca aceptará una actitud despectiva hacia su “yo” espiritual, hacia su alma. Si su amigo “no la comprende”, las relaciones pierden, a ojos de la mujer nueva, la mitad de su valor.

Cuando el amante de Christa Rouland⁹ le contesta lo primero con galansterías al preguntarle ella lo que piensa de la mujer y cuando, a partir de ahí, no deja de expresar las opiniones banales que son corrientes, Christa siente que se aleja, involuntariamente, de él. ¿Cómo ha sido capaz, él que conquistó su corazón a fuerza de interés hacia ella, mostrarse “sordo” hasta el punto de no entender lo importante que era para ella oír algo distinto? Christa no perdona a Frank, de igual forma que ninguna mujer perdonaría ese cambio producido en el hombre en el sentido de la posesión; esa misma mujer que el hombre ha querido por su altivo caminar, por su independencia de espíritu, le es ahora preciso asegurársela haciendo que se extinga en ella el “fuego sagrado” de la capacidad de búsqueda; mimándola, se esfuerza él en convertirla en un simple objeto de placer y divertimento. Sorprendida, Christa Rouland observa cómo el mismo Frank, que probaba a atraerla a la esfera de sus intereses espirituales, que soñaba con una actividad común, empieza a separarse de ella, a vivir en su mundo intelectual propio. Ya no se menciona actividad común alguna, sino que, en los momentos mismos en que Christa ávidamente participa en la tarea del pensamiento de él, Frank no ve en ella más que a la mujer, tanto más seductora cuanto que es delicada y espiritual. Algo como si, por medio de su criterio, por ese poder de elevarse con él hacia las altas regiones intelectuales, Christa no hiciese sino agudizar su atractivo sensual. Sintiendo desgraciada, como si le hubiesen quitado un tesoro, Christa se aleja. La mujer nueva perdonará la ofensa infligida a la “hembra”, pero no olvidará una pequeña desatención hacia ella en cuanto personalidad. Idéntica exigencia de una formación espiritual del elegido menciona Vera Nikodimovna¹⁰: “Para la mujer, la inteligencia, incluso si es alta, juega sólo un papel secundario. Lo esencial, a su juicio, es la base moral. Esa base moral se desarrolla, se afina, se hace más penetrante día a día. Y nos hacemos extremadamente sensibles y exigentes. En cuanto a los hombres, por el contrario, tal base moral se cristaliza y sólo se desarrolla débilmente. Y ello nos hace infelices. Los hombres no suelen comprender lo que nos asquea en ellos.”

La necesidad de la mujer de verse amada, no tanto por el “impersonal femenino” como por el contenido espiritual de su “yo”, crece de modo natural a medida que toma conciencia de sí misma como individuo. “Maldigo mi

9. Nota aclaratoria: personaje de la obra *Christa Rouland* de Hedwig DOHM.

10. Nota aclaratoria: personaje de la obra *Entre la niebla* de POTAPENKO.

cuerpo de mujer; por él, no veis en mí otra cosa, algo más precioso”, exclama Nadejda Sanjar a lo largo y ancho de su libro *Notas de Ana*. Y esa protesta, bajo una u otra forma, la repiten las heroínas de cualquier nacionalidad. Incluso el alma sencilla de la Tatiana¹¹ de Gorki protesta ya contra una actitud que quiere hacer de ella un mero instrumento de diversión.

“Me habría tomado... Y yo no quiero, no puedo así, sin corazón, —como un gato... ¡Qué agobiantes sois todos!...”

Cuanto más decantada es la personalidad de una mujer, más se siente “ser humano”, más intensa es para ella la ofensa del hombre que, por su mentalidad formada en el curso de los siglos, no sabe advertir, en la mujer deseada, el individuo que despierta.

Tales exigencias acrecentadas con respecto al hombre obligan a numerosas heroínas de novelas contemporáneas a ir de una pasión a otra, de un amor a otro, en dolorosa búsqueda del ideal inaccesible: la armonía de la pasión y la compenetración espiritual, la conciliación del amor y de la libertad, la unión de la amistad y de la mutua independencia.

“Nada deseo con tanto ardor como encontrar a un hombre a quien no quisiera abandonar”, dice Maya, la infatigable perseguidora. Y la “vagabunda”¹² rompe con su amigo tan sólo porque en ella vive el inextinguible ideal de una comunidad amorosa más completa y perfecta. La realidad presente defrauda a todas esas ingenuas buscadoras de un amor armonioso, pleno. Y rompen implacablemente todos los lazos de amor, parten hacia su sueño. Pero olvidan que lo que hoy pretenden no podrá realizarse sino en un lejano futuro, y por hombres cuyo espíritu se haya renovado, hombres que habrán asimilado orgánicamente la idea de que, en la unión amorosa, el primer puesto debe pertenecer a la amistad y a la libertad.

La mujer antigua no sabía apreciar la *independencia* personal. Y, por otro lado, ¿qué hubiera podido hacer con ella? ¿Hay algo más conmovedor, más impotente que una esposa o amante abandonadas si son mujeres de la antigua especie? Cuando el hombre se iba o moría, la mujer perdía no sólo sus medios de subsistencia material, sino también su único apoyo moral. Incapaz de hacer frente a la vida, la mujer antigua temía la soledad y estaba dispuesta a renunciar, a primeras de cambio a la inútil y desagradable independencia.

La mujer nueva no sólo no teme a la independencia, sino que incluso aprende a apreciarla más, en la medida en que sus intereses sobrepasan ampliamente los límites de la familia, del hogar, del amor. Para Vera Nikodimovna, nada más espantoso que la dependencia material con respecto al hombre: “Oh, si yo dependiese del hombre, si debiese escoger uno que fuera mi

11. Nota aclaratoria: personaje de la obra *Notas de un viajero* de Máximo GORKI.

12. Nota aclaratoria: personaje de la obra *La vagabunda* de COLETTE.

marido y me mantuviese, me sentiría muy desgraciada”, dice a una amiga. Tener un “marido”, propietario y dueño de su alma: tal pensamiento aterroza a Vera como únicamente la cárcel puede estremecer a un preso que ha logrado huir por fin hacia la libertad. “Nunca aceptaría yo semejante esclavitud... Una vez tuve que vivir algo parecido...” “Entonces, ¿está usted casada?” “No, casada no, pero tuve mi historia y mi pasión.”

La mujer nueva se siente encadenada en el matrimonio, incluso en aquel que no es legal. La mentalidad del hombre “antiguo”, aún viva, crea lazos morales que en nada son menos sólidos que las cadenas externas.

Pero aún con más obstinación las nuevas heroínas huyen de todo cuanto pudiera ligarlas exteriormente al hombre amado. La dependencia material con respecto al hombre, la completa impotencia en el mundo sin el apoyo seguro del brazo masculino obligan a la mujer de la antigua especie a preocuparse, ante todo, por la consolidación de los lazos amorosos. Sólo entonces se sentía a salvo. Por contra, la mujer nueva, empujada a llevar a solas la carga de la vida, guarda una actitud, ya negativa, ya indiferente, hacia las formalidades. Ni siquiera se angustia por dar una forma determinada a sus relaciones amorosas. En respuesta a la amiga que le pregunta acerca de la forma de sus relaciones con el hombre que ama: “¿Se trata de una unión legal, o de un contacto amoroso momentáneo?”, Renée, la “vagabunda”, sólo ofrece un encogerse de hombros: “¿Nosotros? Sólo nos estudiamos el uno al otro.” “Y el futuro?” “Oh, Margot, no me gusta el futuro.”

Hasta hoy, el contenido fundamental en la vida de la mayoría de las heroínas reducíase al sentimiento de *amor*. Tal sentimiento coloreaba incluso una vida llena de privaciones materiales y, por oposición, la carencia de amor hacía que la vida de una mujer fuese pálida, vacía, pobre; ni las riquezas, ni la gloria, ni siquiera las alegrías de la maternidad podían sustituir, para la mujer, la pérdida de un amor dichoso¹³.

Si el corazón estaba vacío, también lo estaba la vida. En esa cuestión, las mujeres de antes se diferenciaban claramente de los hombres. Para el hombre, junto con la vida del corazón, había siempre una actividad particular y, mientras que la mujer languidecía en la espera, “él”, el hombre, luchaba contra el destino en algún mundo desconocido, incomprensible. Cuántos dramas psicológicos no habrán comenzado porque el hombre ardientemente

13. Resulta interesante observar que la maternidad ha sido casi siempre considerada como el último refugio de la felicidad de la mujer—, el matrimonio pongamos que no era dichoso, o había habido que renunciar a una relación amorosa, o una habíase quedado viuda; quedaba un último refugio, los cuidados y las alegrías de la maternidad. Rara vez era considerada, pues, como fin en sí misma, y sólo en la vejez despertábanse en la mujer los atávicos sentimientos de la “especie”, de la familia, ídolo que ella misma adoraba y del cual exigía despóticamente que fuese adorado por los restantes miembros.

esperado, al volver del trabajo, en vez de dedicarse por entero a “ella”, sacaba papeles de la cartera, se apresuraba a tragar la comida para correr a alguna reunión de negocios, o se lanzaba con avaricia sobre un libro. La mujer le miraba sin comprender, en el corazón un reproche: ella dejaba muy a gusto por él una blusa a medio terminar, dejaba semiordenada la cocina, acostaba a los niños con el único propósito de quedarse a solas con él y hacerle olvidar los negocios, el trabajo, la política. Las mujeres de toda la escala social sufrían esta incompreensión hacia el hombre y sus intereses, nacidos en un mundo que resultaba extraño para ellas, muy lejos del nido familiar. Hallamos esta incompreensión hacia el hombre tanto en la mujer del profesor como en la del funcionario, en la del obrero tanto como en la del oficinista.

La exclamación ofendida de la esposa: “¡Te vas de nuevo a tu espantosa reunión!” acompaña a menudo, aún hoy en día, al marido, sea obrero o banquero.

Pero, a medida que la mujer participa más ampliamente en el movimiento de la vida social, a medida que se convierte en un resorte activo en el mecanismo de la vida económica, su horizonte se ensancha. Las paredes de su casa, que antes reemplazaban al mundo entero, se vienen abajo y ella siente que la invaden intereses que le eran completamente extraños e incomprendibles.

El amor deja de ser el contenido de su vida. Empieza a tener tan sólo el lugar accesorio que tiene para la mayoría de los hombres. Por supuesto, existen períodos de la vida en que el amor, incluso para la mujer nueva, o la pasión, colman su alma, su inteligencia, su corazón y su voluntad, períodos en que los demás intereses palidecen y son dejados de lado. En tales instantes, la mujer nueva puede experimentar agudos dramas, alegrías y dolores, en nada menores que los de la mujer antigua. Pero la pasión, el amor, son únicamente una porción de su vida. Su verdadero contenido es ese algo “sagrado” al que la mujer nueva sirve: una idea social, la ciencia, una vocación, el trabajo creador. Y esa obra, ese fin, es para la mujer nueva en general más importante, más precioso, más sagrado que todas las dichas del corazón, todos los goces de la pasión.

De ahí se deriva esa *actitud nueva* hacia el trabajo, insospechable entre las heroínas de los viejos tiempos. La heroína de Benett¹⁴ acaba de tener su primera charla amorosa con el hombre amado. Pero, cuando él le propone volver al día siguiente desde por la mañana, ella le contiene casi con espanto, pese a su amor y a su felicidad: “¡Pero no antes del desayuno!” “¿No antes del desayuno? ¿Y por qué?”

14. Nota aclaratoria: personaje de la obra *El amor sagrado* de BENETT.

“Él estaba extrañado. Pero, por espacio de cinco años, yo me había acostumbrado a ser mi propia dueña. Mis gustos, mis hábitos, mi ritmo de vida estaban ya establecidos. No recibía a nadie antes de desayunar. Y mañana, precisamente mañana, tendría tanto trabajo... ¿Iba a venir ese hombre, en plan de conquistador, a echarme a perder la mañana? Una inquietud sorda me invadía, sentía amenazadas mi libertad, mi independencia.”

¿No es éste un rasgo de nuevo orden en la psicología de la mujer enamorada? Una mujer que, por propia voluntad, retrasa una cita deseada y prometedor de felicidad tan sólo porque está acostumbrada a escribir durante la mañana, únicamente porque lamentaría el haber perdido esas horas destinadas al trabajo... ¿Acaso las horas de amor entregadas al ser querido podían considerarse como perdidas según el punto de vista de la mujer antigua? Tania¹⁵, en la novela de Nagrodskaya, mientras pasa su luna de miel con Stark nota la tortura de la ociosidad. El lienzo a medio terminar la mira con reproche:

“He tomado la determinación de emplear el día de hoy y le pediré a Stark que no venga”, decide. Pero Stark (en las novelas antes, este papel hubiera correspondido a la heroína) se indigna y protesta: “Todo un día sin ti”, dijo con entonación de niño caprichoso. “No te molestaré, me quedaré quieto.” “Empiezo a odiar tu arte —dice más tarde—, es un rival demasiado poderoso.

Tania cede incluso esa vez, pero los remordimientos por el trabajo fallido la reconcomen. No puede haber plenitud y paz en sus alegrías amorosas si el trabajo tiene que pagarías.

“Hoy trabajo —anota Tania, toda feliz—. Trabajo ávidamente, con gozo, sin apenas interrupción, desde las primeras horas de la mañana.” El balance de ese día es claro, dichoso. Advertimos que el ser creador ha rechazado por un tiempo la ebriedad de la pasión y se ha encontrado consigo mismo. Trabajando, paleta en mano, Tania ha despertado del profundo sueño y se ha dado cuenta, de pronto, de que más allá de ella y de Stark, más allá de su atmósfera pasional que llega casi al éxtasis, existe aún todo un mundo, lleno de colores, de alegrías, de belleza y sufrimiento. Le viene a la memoria, de golpe, su amigo Weber; siente enteramente haberle abandonado, como una peregrina que debiera volver al “hogar” tras de una larga ausencia. ¡A ver si encontráis una mujer de la antigua especie que, un poco al estilo del hombre, emita un suspiro de alivio al escapar a la borrachera de la pasión y volver al trabajo abandonado, al sentir de nuevo lo que vale su existencia independiente, su individualidad propia!

Para la mujer antigua, el dolor más grande era la traición o la pérdida del hombre amado; para la mujer nueva es la pérdida de *sí misma*, la renuncia a

15. Nota aclaratoria: personaje de la obra *La cólera de Dionisos* de NAGRODSKAYA.

su propio “yo” sacrificado al amado, a la dicha amorosa. La mujer nueva se rebela ya no sólo contra las cadenas externas, sino también contra la “cautividad amorosa” en sí; teme los hierros que el amor, en nuestra época de psicología deformada, impone a los amantes. Acostumbrada a deshacerse por entero en las olas del amor, la mujer, incluso la mujer nueva, vuelve cada vez a encontrar el amor ansiosamente, y al tiempo, con temor de que la fuerza del sentimiento despierte en ella la atávica tendencia a no ser sino el “eco” del hombre, la obligue a renunciar a lo que ella es, a alejarse del trabajo, de su vocación, de la finalidad de su vida.

No se trata ya de la lucha por el derecho a amar, sino de la protesta contra la “cautividad moral” de un sentimiento que incluso externamente puede ser libre. Es la “rebeldía”¹⁶ de las mujeres de nuestra época de transición, que aún no han aprendido a conciliar la libertad interior y la independencia con el poder devorador del amor.

Si la mujer antigua, al alejarse del amor, se sumergía en el mundo monótono de su vida gris, mediocre de contenido, la mujer nueva, libertada de la esclavitud amorosa, se pone en pie con alegría y sorpresa. “Ya ha desaparecido la servidumbre de mi pensamiento”, exclama triunfante la heroína de Kredo después de asegurarse de que el embate de la pasión ha pasado. “Se acabaron los sufrimientos, la agitación, el miedo: es libre y su corazón no se ha roto, pese a que el hombre que amaba se ha ido de pronto de su alma.” E Irina se congratula de “sentir en sí misma las fuerzas y la energía que disminuían siempre cuando se empeñaba en beber en un espíritu ajeno; semejante opresión de sus propias fuerzas le proporcionaba siempre un sentimiento de abatimiento, de humillación; por ello este despertar le traía la dicha...”

¡Librarse del poderío de un pensamiento ajeno, librarse del dolor, del sufrir, de todos esos “hirientes y abrasadores vástagos de los besos”, ser de nuevo “una misma”, reencontrarse! ¡Qué felicidad para la mujer nueva y qué emoción de incomprensible regocijo, desconocida para las mujeres antiguas!

Ha sido suficiente una importante alteración en el alma de la mujer, un potente enriquecimiento de su vida intelectual, la acumulación de un gran capital de valores propios, para permitirle no venirse abajo en el momento en que el hombre retiraba la parte que había depositado en su vida. Pero, precisamente porque la vida de la mujer nueva no se reduce sólo al amor, podemos ver que hay en su alma una reserva de necesidades y de intereses que hacen de ella un individuo, podemos en consecuencia aprender a aplicar

16. La “rebeldía” es una de las características de las heroínas de la nueva literatura: la rebeldía contra las condiciones socioeconómicas, la rebeldía para afirmar el propio “yo”, la rebeldía contra las leyes de la moral sexual, la rebeldía contra la sumisión amorosa. La rebeldía juega un enorme papel en la psicología de la mujer nueva.

un nuevo criterio en la apreciación de la personalidad moral de la mujer. Durante muchos siglos, el valor de la mujer fue medido no según las propiedades de su alma ni según su inteligencia o sus cualidades humanas, sino únicamente por ese fondo de virtudes femeninas que la moral burguesa de propiedad exigía de ella. La “pureza sexual”, la virtud sexual determinaban el aspecto moral de la mujer. No podía haber ningún perdón para la mujer que había pecado contra el código de la moralidad sexual. Y los novelistas preservaban con cuidado a sus heroínas preferidas de la caída en este sentido, en tanto permitían a las otras que “pecasen” como lo hacían los hombres, los cuales, no obstante, no perdían por ello su valor moral.

Las heroínas de las novelas contemporáneas, las mujeres nuevas “solteras” infringen a menudo las prohibiciones del código corriente de la virtud sexual y, sin embargo, ni el autor ni el lector consideran que sean “protagonistas viciosas”.

Admiramos a la valiente Magda¹⁷ de Sudermann, por mucho que esta muchacha haya “pecado” varias veces. La Matilde de Hauptmann nos emociona, pese a sus relaciones ilegales y a que tenga niños de diferentes amantes¹⁸. ¿No ocurre igual con la mayoría de los hombres a los que, sin embargo, seguimos “respetando”?

Sin que lo hayamos notado, ha habido un cambio en nuestra psicología. Ahora admitimos la nueva moral que está en formación, y lo que hace cincuenta años era una “mancha” imborrable para una chica o una mujer lo tenemos hoy por un mero hecho, que no necesitamos justificar o perdonar. En su época, George Sand se vio obligada a defender el derecho de la mujer a abandonar a su marido legal para irse con su amante libremente elegido. En la farisaica Inglaterra, Gran Allan tuvo, aún recientemente, que tomar bajo protección a la madre soltera. Pero, a medida que la mujer va haciéndose independiente, a medida que deja de depender de su padre o de su marido, a medida que participa codo con codo con el hombre en la lucha social, el antiguo criterio se convierte en inutilizable.

La acumulación gradual en la mujer de características y sentimientos morales humanos nos enseña a apreciarla no como representante de su sexo, sino como individuo, y la antigua valoración, que veía en la mujer una hembra que aseguraba al marido un retoño legal, se desvanece por sí misma.

Al principio, la vida nos hacía aplicar este concepto nuevo únicamente a los “grandes espíritus”; de hecho, perdonábamos a los artistas, a las gentes de

17. Nota aclaratoria: personaje de la obra *La patria* de SUDERMANN.

18. Las aventuras amorosas de Matilde no nos impiden en absoluto respetar tan pura y entera personalidad. Pero, igual que Matilde, nos sentimos impregnados de una piedad despectiva hacia su hermana Marta, obrera como ella, que recibe dinero después de una aventura amorosa. Todo un abismo separa la libertad de Matilde y la venalidad de Marta.

talento, sus infracciones del código habitual de la moral sexual. “Pero ¿por qué tales derechos iban a existir sólo para las “naturalezas de élite”, y no para los demás?”, pregunta con razón Bebel.

“Si Goethe y George Sand (tomemos tan sólo a estos dos, por más que son bien abundantes los casos similares) se han atrevido a vivir siguiendo los deseos de sus corazones, si las aventuras amorosas de Goethe llenan tomos enteros y son devorados con respetuoso entusiasmo por sus admiradores y admiradoras, ¿por qué condenar en otros lo que nos encanta en Goethe o en George Sand?”¹⁹.

Ahora estamos dispuestos a reírnos de los hipócritas que rehusaron estrechar la mano de una Sarah Bemhardt o se negaron a ir a uno de sus espectáculos pretextando la libertad de la vida que llevaba la actriz. Pero si se trata de “simples mortales”, a menudo dudamos en la apreciación de una personalidad o acerca de la actitud que tenemos que tomar hacia las mujeres libres y solteras. No obstante, si pretendemos decididamente aplicar a tales mujeres el baremo moral de los tiempos pasados, nos veremos en la precisión de apartarnos de las figuras femeninas más hermosas y humanas de la literatura contemporánea.

En tanto que las mujeres antiguas, educadas en el respeto de la pureza inmaculada de la Virgen, se esforzaban por conservar su “virtud” y ocultaban, disimulaban los sentimientos que expresaban las necesidades naturales de su cuerpo, el rasgo característico de la mujer nueva es la *afirmación de sí*, no sólo en cuanto individualidad, sino también en cuanto *representante de su sexo*. La rebeldía de la mujer contra la estrechez de la moral sexual es uno de los rasgos más vivos de la mujer nueva.

Y es comprensible. La mujer, la madre, lleva consigo el futuro. La vida psicológica, contrariamente a lo que pregonan las concepciones hipócritas, juega un papel incomparablemente mayor en la mujer que en el hombre. La libertad sentimental, la libertad de escoger al hombre amado que puede convertirse en padre de “su” hijo, la lucha contra el fetichismo de la “doble moral”: he aquí el programa que realizan en silencio las mujeres nuevas. El rasgo típico de la mujer antigua era la renuncia al poder de la carne, la “máscara de la pureza” incluso en el matrimonio. La mujer nueva no abdica nunca de su naturaleza de mujer, no huye de la vida y de las alegrías “terrestres” que la realidad, tan avara de sonrisas, le concede. Las nuevas heroínas se convierten en madres sin haberse casado, abandonan a su marido o a su amante, su vida puede ser rica en peripecias amorosas y, sin embargo, ni ellas mismas, ni el autor, ni el lector de hoy, las tendrán por “criaturas

19. BEBEL, A.: *La mujer y el socialismo*.

perdidas". Los episodios de amor libre y franco de Matilde, de Olga²⁰, de Maya, tienen su ética propia, quizá más perfecta que la pasiva virtud de la Tatiana de Pushkin²¹ o la timorata moral de la Lisa de Turgueniev²².

Tal es la mujer nueva. La disciplina, en vez de la afectividad exagerada; la apreciación de la libertad y de la independencia, en vez de la sumisión y de la impersonalidad; la afirmación de su individualidad, en vez de los esfuerzos ingenuos por llenarse de la forma de ser del hombre amado y reflejarlo; la afirmación de sus derechos a las dichas "terrestres", en vez de la máscara hipócrita de la "pureza". En suma, la relegación de los episodios amorosos a un lugar subordinado en la vida. Ya no tenemos delante a la hembra que se hace sombra del hombre, sino a la mujer nueva, individualidad en sí misma.

Seminario de Leningrado: Primera Conferencia (1921)

La situación de la mujer en el Comunismo Primitivo

La mujer concibió la idea de la agricultura de la manera siguiente: en el momento de la caza, las madres y sus lactantes fueron dejados atrás porque eran incapaces de seguir el ritmo de los demás miembros de la tribu y estorbaban en la persecución de la caza.

Entonces era poco fácil procurarse otros alimentos, y la mujer esperaba a menudo mucho tiempo. Se vio obligada a procurarse alimentos para sí y sus hijos. Los investigadores sacaron de ahí la conclusión de que, muy probablemente, es la mujer quien empezó a trabajar la tierra. Cuando las provisiones se agotaron en el lugar donde esperaban el regreso de la tribu, se puso a buscar hierbas que contenían granos comestibles. Comió dichos granos y alimentó a sus hijos con ellos. Pero al triturarlos entre sus dientes —las primeras muelas— una parte de los granos cayó al suelo. Y cuando la mujer volvió al mismo lugar al cabo de algún tiempo descubrió que los granos habían germinado. Ahora sabía que le resultaría ventajoso regresar cuando las hierbas hubieran vuelto a crecer, y que la búsqueda de una comida más abundante le costaría menos esfuerzos. Los hombres aprendieron así que los granos que caen al suelo crecen.

La experiencia les enseñó también que la cosecha salía mejor cuando habían removido previamente la tierra. Sin embargo, dicha experiencia cayó aún muchas veces en el olvido, ya que el saber individual no pudo convertirse

20. Nota aclaratoria: personaje de la obra *Intelectuales* de Grete MEISEL-HESS.

21. PUSHKIN: *Eugenio Onéguin*.

22. TURGUENIEV: *Un nido de gentilhombres*.

en propiedad de la tribu sino a partir del momento en que fue comunicado a la colectividad. Era preciso que fuera transmitido a las generaciones siguientes. Ahora bien, la humanidad tuvo que realizar un trabajo de reflexión inimaginable antes de llegar a comprender y asimilar cosas aparentemente tan simples. Aquel saber no se afianzaría en la conciencia de la colectividad hasta que se tradujera en una práctica cotidiana.

La mujer tenía interés en que el clan o la tribu volviera a la antigua parada donde crecía la hierba que había sembrado. Pero no estaba en condiciones de convencer a sus compañeros de la precisión de su plan de organización económica. No podía convencerle verbalmente. En lugar de eso, favoreció ciertas reglas, costumbres e ideas que servían a sus propios proyectos. Así apareció la costumbre siguiente, que tuvo pronto fuerza de ley: si el clan había dejado a las madres y los hijos en un terreno cercano a un río durante la luna llena, los dioses ordenaban a sus miembros regresar a aquel mismo lugar unos meses más tarde. Quienquiera no respetara dicha ley era castigado por los espíritus. La tribu, al descubrir que los niños morían antes cuando dicha regla no era respetada, es decir, cuando no se regresaba al "lugar donde la hierba crece", llegó a respetar estrictamente aquellas costumbres y a creer en la "sabiduría" de las mujeres. Como la mujer buscaba una producción máxima por un mínimo de trabajo, pronto hizo la comprobación siguiente: cuanto más poroso era el suelo donde sembraba, mejor era la cosecha. En cuclillas, grabó con la ayuda de ramas, de puntas y de piedras unos surcos en el primer campo. Tal descubrimiento se reveló fructuoso, ya que ofreció al hombre una mayor seguridad que la de sus incesantes peregrinaciones a través de la selva, donde se exponía constantemente al peligro de ser devorado por los animales.

A causa de su maternidad la mujer ocupó una posición particular entre los miembros de la tribu. Es a la mujer a quien la humanidad debe el descubrimiento de la agricultura, descubrimiento extremadamente importante para su evolución económica. Y este descubrimiento fue lo que, por un largo período, determinó el papel de la mujer en la sociedad y en la economía, situándola en la cumbre de las tribus que practicaban la agricultura. Numerosos investigadores atribuyen igualmente a la mujer la utilización del fuego como instrumento económico.

Cada vez que la tribu salía de caza o a la guerra, las madres y los hijos eran dejados atrás, estando obligados a protegerse de los animales carnívoros. Las chicas jóvenes y las mujeres sin hijos salían con los demás miembros de la tribu. Fue por su propia experiencia como el hombre primitivo supo que el fuego ofrecía la mejor protección contra los carnívoros. Al tallar las piedras para fabricar las armas o las primeras herramientas domésticas, se había aprendido a hacer fuego. Para asegurar la protección de los niños y de sus madres, se encendía, pues, un fuego antes de que la tribu saliera de caza. Para

las madres, era un deber sagrado el conservar dicho fuego destinado a alejar a los animales. Para los hombres, el fuego era una fuerza espantosa, incomprendible y sagrada. Para las mujeres que se ocupaban de él permanentemente, las propiedades del fuego se les volvieron familiares, y pudieron así utilizarlo para facilitar y economizar su propio trabajo. La mujer aprendió a cocer sus recipientes de barro para hacerlos más resistentes y a asar la carne que, de esta manera, podía, conservar mejor. La mujer atada al hogar por su maternidad dominó el fuego e hizo de él su servidor. Pero las leyes de la evolución económica modificaron -más, tarde ésa relación, y la llama del primer hogar esclavizó a la mujer, despojándola de todos sus derechos y atándola por mucho tiempo a sus hornillos.

La suposición de que las primeras chozas fueron construidas por mujeres para protegerse con sus hijos de las intemperies no es sin duda injustificada. Pero no solamente las mujeres edificaban chozas y cultivaban la tierra de la que recogían cereales, etc., fueron igualmente las primeras en practicar la artesanía. El hilado, el tejido y la alfarería fueron descubrimientos femeninos. Y las líneas que trazaban en los jarrones de barro fueron las primeras tentativas artísticas de la humanidad, la fase preliminar del arte. Las mujeres recogían hierbas y aprendieron a conocer sus propiedades: las antepasadas de nuestras madres fueron los primeros médicos. Aquella historia, nuestra prehistoria, se conserva en las antiguas leyendas y en las creencias populares. En la cultura griega, que estaba en su apogeo hace dos mil años, no fue al dios Asclepios (Esculapio), sino a su madre, Coronis, a quien se consideró como primer médico. Suplantó a Hécate y Diana que habían sido las primeras diosas del arte de curar. En los antiguos vikingos, era la diosa Eir. En nuestros días, encontramos aún frecuentemente en los pueblos ancianas que pasan por ser particularmente inteligentes y a quienes se les atribuyen poderes mágicos. El saber de las antepasadas de nuestras madres les era ajeno a sus compañeros que salían a menudo de caza o a la guerra o se consagraban a otras actividades que exigían fuerzas musculares particulares. No tenían tiempo, simplemente, para dedicarse a la reflexión o a la observación atenta. Luego no les era posible reunir y transmitir valiosas experiencias sobre la naturaleza de las cosas. El término "Vedunja", la maga, está formado con la palabra "Vedatj", el saber. El saber ha sido, pues, desde siempre un atributo de la mujer, a la que el hombre temía y respetaba. Por eso la mujer, en el período del comunismo primitivo —el alba de la humanidad— no estaba solamente en igualdad con el hombre, sino que, a causa de una serie de hallazgos y de descubrimientos útiles al género humano y que contribuyeron a su evolución económica y social, llegó incluso hasta sobrepasarlo. Luego, en unos períodos precisos de la historia de la humanidad, la mujer jugó un papel mucho más importante para el desarrollo de las ciencias y de la cultura, que no el que la ciencia burguesa, cubierta de prejuicios, le ha atribuido hasta

ahora. Los antropólogos, por ejemplo, especialistas en el estudio sobre el origen de la humanidad, han callado el papel de la hembra en el transcurso de la evolución de nuestros antepasados simiescos hacia los homínidos. Pues la posición-vertical tan característica del ser humano ha sido esencialmente una conquista de la mujer. En las situaciones en que nuestra antepasada a cuatro patas tenía que defenderse contra los ataques enemigos, aprendió a protegerse con un solo brazo, mientras que con el otro aguantaba firmemente a su pequeño contra sí, que se le agarraba al cuello. No pudo sin embargo realizar aquella proeza sino enderezándose a medias, lo cual desarrolló por otra parte la masa de su cerebro. Las mujeres pagaron cara aquella evolución, ya que el cuerpo femenino no estaba hecho para la posición vertical. En nuestros primos de cuatro patas, los monos, los dolores del parto siguen siendo totalmente desconocidos. La historia de Eva, que cogió el fruto del árbol del conocimiento y por eso tuvo que parir con dolor posee, pues un segundo plano histórico.